Riquiño

Néstor Barbosa

Prólogo de Borja Terán

Durii

A Curro

Prólogo

¡Qué mal nos han explicado la felicidad! A diario nos hacen creer que es tan fácil como pronunciar una de esas frases listas para estampar en tazas de desayuno. Algunos las llaman *motivacionales*, a mí directamente me suelen despertar el vacío del escalofrío interno de desasosiego. «Los sueños siempre se cumplen», pues depende de las circunstancias. «El tiempo pone a cada uno en su sitio», no te creas. «Todo lo que sucede, conviene». Esta última, es la que más me perturba. Por injusta. Intenta dar un hilillo de esperanza que, en realidad, suele acabar siendo un atajo a la frustración. Hay sobresaltos que nunca convienen. Menos aún cuando se traducen en ausencias eternas.

¡Qué mal nos han explicado la felicidad! Incluso en los tiempos trepidantes que vivimos solemos confundir *felicidad* con *productividad*. Hasta en el ocio debemos ser productivos. Tanto que no sabemos muy bien qué hacemos porque queremos y qué hacemos para que se vea qué hemos hecho. Porque lo que no se cuelga en redes, sentimos que no existe. Sin *likes*, sin *reels*, sin coreografías de Tiktok, sin picar en la validación instantánea tal vez pensáramos incluso que esta novela es un espejismo en una sociedad que nos invita a dejar de ser ciudadanos para convertirnos en meros consumidores. ¡Hasta de nuestras propias historias de amor!

¡Qué mal nos han explicado la felicidad! Ha llegado el momento. Pasa a la página siguiente, empezarás a olvidarte de los *likes* de la sociedad de la apariencia, esos que desaparecen tan rápido como va y viene el corazón que irrumpe al dar doble clic sobre una foto de Instagram. Comenzarás un viaje que nos enseña cómo la alegría y la tristeza van siempre entrelazadas.

¡Qué mal nos han explicado la felicidad! Sí, *felicidad*, que como mejor rima es con *serenidad*. Y bailando con la alegría de la tristeza y la tristeza de la alegría, Néstor Barbosa vuelve a conseguir la transgresión de la cotidianidad. Lo logra con esta novela que es un cruce de caminos en el que nos

encontramos con sentimientos que muchos ni siquiera son capaces de ver cuando son el mapa del tesoro de la vida. Teje con belleza los afectos a través de referentes, propios y ajenos, que nos han motivado a ser como somos mientras aprendemos a lamer nuestras propias cicatrices. Cicatrices que significan que ya están más o menos curadas las heridas. Aunque nos sigan despertando cosquillas para siempre.

Bienvenidos a *Riquiño*, una historia de *amor* como deben de ser las buenas historias de amor. Es la emoción que nos hace sentir a salvo. Las personas que están. Incluso cuando no las ves. Las personas que nos explicaron bien la felicidad sin necesidad de explicar nada.

BORJA TERÁN

«Quien ama la libertad, siempre será recordado».

1

Apoyaste la mejilla en el frío cristal de la ventanilla del tren para poder calmar, sin éxito, el palpitante dolor de muelas que llevabas sufriendo desde hacía unos cuantos meses. El incesante movimiento del vagón se había convertido en una fácil metáfora sobre tu estado de salud mental. Las muelas del juicio querían salir de la encía abriéndose paso hacia una luz que tú eras incapaz de encontrar, sin embargo, el sabor de una onza de chocolate parecía llevar impreso el nombre de un antiinflamatorio. Te arrellanaste en el asiento pensando en que últimamente todos los espacios contiguos a los tuyos siempre estaban vacíos.

Tu trabajo no representaba la esencia que siempre habías querido sentir. El anhelo de ser escritor danzaba como sombras chinescas por las noches guiándote hacia el destino de aquel billete guardado en el bolsillo izquierdo del pantalón. Nadie quería leer ni tus novelas ni tus artículos, pero seguías intentando encontrar un hueco en el mundo de la literatura. Compaginabas, como podías, el trabajo diario reglamentario con las hojas previamente blancas en tus manos. Al ponerte los auriculares para acompañar una canción de *jazz*, las imágenes sombrías transcurrían tras la ventanilla cuando llegó la primera absurdez del día: «Soy un escritor que ha olvidado el significado de las palabras». No obstante, estabas cumpliendo con tu cometido real; escapar del norte para llegar al sur.

En la primera parada todos los asientos se ocuparon, excepto el que estaba a tu lado. La cobertura comenzó a fallar y dejaste la banda sonora para otro momento más oportuno. Miraste de soslayo la maleta, justificando la elección de cada elemento de su interior. Una nueva ciudad, un nuevo empleo y, seguramente, con tu abrumador positivismo, unos nuevos miedos. El norte era un lugar inhabitable para una mente como la tuya debido al tono grisáceo que tomaban sus calles. Paradójicamente la lluvia no era un impedimento porque te gustaba romantizar cómo el sonido del agua caía bajo la cornisa

mientras escribías relatos desenvueltos en mundos distópicos imposibles de habitar. Lo peor del norte era el gris que había logrado teñir tu mente, así que escapar era la única manera de reencontrarte con la inspiración perdida. Ni siquiera ese sentido del humor tan negro te había salvado durante los últimos años de un final casi crepuscular. La huida como medio de vida, y el chocolate como antiinflamatorio para el dolor de muelas.

Te fijaste vagamente en el rictus de varios viajantes cercanos elucubrando sobre la especie humana como si eso te diera derecho a convertirte en un narrador omnipresente de tu vida. Y así es como sucumbiste a un hecho irrefutable: «Nadie puede ser feliz en un trayecto de tren sin pensar en la esperanza de una llegada. Bueno, quizá sea yo el único en este vagón que no cree en una plena felicidad. Eso sí que sería utópico». Dejando la pesadumbre y el egocentrismo a un lado, conseguiste finalmente disfrutar, en su justa medida, de las vistas que sucedían como fotogramas de una película pasada a la que ya no pertenecías. Querías cambiar tu comportamiento negativo sobre la vida, y sabías que dicho acto no transmutaría fácilmente, pero de repente el gris del cielo se tornó en impresionante azul eléctrico. Ya podías sentir esa reconfortante brisa del sur que reconocías a la perfección en aquellas sombras chinescas.

Nunca fuiste una persona autosuficiente y, pese a que la soledad era tu bien más deseado, la compañía de un ser siempre te brindaba la certeza de sentirte seguro. Eras como un niño que se agarra a la silla de su hermano pequeño para no perderse. La ciudad del sur triplicaba en tamaño a la del norte, y con ese único dato ya sabías que una cuenta atrás hacia un rumbo lejos comenzaba a no oponer resistencia.

Al llegar te sentaste en la primera marquesina libre del indómito sol para fumarte un cigarrillo. Jugaste con el rastro que dejaba el humo y escribiste a tus allegados un conciso mensaje para indicar tu actual posición geográfica. No hiciste ninguna despedida porque en ellas siempre encontrabas un final injustificado. Tú ya sabías que todo era perecedero y que

tu visión del amor era distante y taxativa. Levantaste el brazo hacia el primer taxi que pasó delante de tus zapatillas negras de discretas plataformas.

En el centro de la ciudad te esperaba un pequeño *loft* que compartirías con un viejo amigo del norte hasta que encontraras tu propio hogar. Dejaste la maleta en la entrada e inspeccionaste cada rincón buscando otra onza de chocolate. Grandes ventanales a la calle principal eran los protagonistas de un salón ecléctica mente decorado. En una de las mesas había una pequeña nota que decía: «Tienes hueco para tu ropa en el armario que está detrás del tabique que separa la cama del salón. Llegaré en breve, ponte una copa de vino y espérame en el sofá. Puedes cotillearme todo lo que quieras. Seguramente ya lo estés haciendo. Un beso». Te hizo gracia encontrar ese escrito de bienvenida a la vieja usanza y no a través de una nota de voz de WhatsApp.

Dejaste la ropa en el armario estratégicamente colocada mientras dabas cortos tragos de vino blanco. El frío de la copa le brindaba un respiro al dolor de muelas. Te sentaste en el sofá observando cada elemento decorativo hasta que unos jarrones con flores muertas llamaron tu atención. Cuidadosamente los llevaste hasta la cocina y sacaste las rosas con esmero para tirarlas rápidamente a la basura ya que desprendían un extraño olor. Ambos jarrones se quedaron vacíos tras un intenso lavado en el cual no dejaste rastro alguno de una naturaleza inevitablemente muerta. Por el sumidero se fueron los últimos restos junto a tu definitivo pensamiento falsamente sesudo del día: «Y pensar que hace unos días esas rosas eran el centro de admiración e ilusión de un salón…». Dejaste la mente en blanco cuando comprendiste que esa especie de epifanía te convertía en un ridículo poeta.

Cuando volviste al sofá para ponerte cómodo, la puerta de entrada se abrió y tu amigo, tras una furtiva mirada, se abalanzó efusivamente a tus brazos. Después de tanto tiempo en silencio entablar una conversación de aspecto trivial resultaba tan abrumadora como reconfortante. Preguntas y respuestas sin fundamento para continuar en el contexto propio de vuestra

edad. No eras consciente de lo maravillosamente libre que era vivir en la veintena. Ni tú ni él lo erais. Seguisteis bebiendo vino hasta entrada la madrugada en donde los ojos comenzaron a no corresponderte. La única lucidez que te permitía el alcohol era justa para llegar hasta la cama. Pero la noche, como vosotros, era joven, y tu compañero necesitaba sacarle el máximo partido. Haciendo un cómico esfuerzo conseguiste ponerte en pie, bajar la música y aceptar el juego. Solo querías meterte entre las sábanas y descansar hasta la tarde del día siguiente, pero siempre hay peros, y en la juventud las excusas surgen para justificar la pasión desenfrenada de un momento presente.

El vino había mitigado el dolor de muelas y las divagaciones del falso poeta. En el taxi camino a la discoteca sacaste la cabeza por la ventanilla para sentir el aire fresco de la nueva ciudad. Sin ser consciente ya estabas empezando a cambiar, debido a que las luces difusas de la madrugada confundían tus sentimientos. Y la poca memoria útil que te quedaba servía para recordar sin titubeo el nombre de la discoteca. «¿Se llamaba Ópalo?».

Tu amigo iba sentado junto al conductor sumido en una charla sin sentido y tú en la parte de atrás en medio de dos asientos vacíos. «Necesito un chupito, me empiezan a doler las putas muelas otra vez».